

## LA DEMOCRACIA ES DE CENTRO

escribe: Hebert Gatto

La neta distinción entre izquierdas y derechas tal como se presentaba en el pasado, así como los cambios que ambos conceptos han sufrido en las últimas décadas es un tema nada fácil de abordar. Lo que resulta comprensible tratándose de un asunto que atañe a identidades grupales e individuales muy caras a sus portadores. Por eso, pese a las diferencias en los grupos que componen tanto la derecha como la izquierda, hay (o había) en todos ellos, características compartidas que permitían atribuirles una misma identidad. Es justamente ese sustrato genérico el que actualmente parece estar en cuestión. ¿El Brasil de Lula, o la experiencia "socialista" chilena, se mantienen dentro de los límites que caracterizan la izquierda? ¿Cuáles son, hoy día, las expresiones gubernamentales de la derecha clásica? ¿Puede seguir llamándose de izquierda a partidos que en los hechos apoyan economías capitalistas? ¿Es cierto, que existe una tendencia en ambos extremos del espectro ideológico a acercarse al centro, como si una fuerza centrípeta tendiera a borrar sus diferencias? Todas estas son preguntas pertinentes, particularmente en América Latina, donde a la esperanza que el ascenso de varios partidos de izquierda suscitó, le ha sucedido un cierto escepticismo, basado en la acusación de continuismo con sus antecesores centristas. Como forma de contribuir a este debate y evaluar distancias entre sus respectivas experiencias, supongamos por un instante, que Vladimir Ilich Lenin por un bando y Francisco Franco por otro, ambos destacados políticos del siglo XX, debieran opinar sobre la situación actual de sus respectivas ideologías. Concedamos, en aras de la claridad, que el comunismo soviético y el franquismo constituyen buenos ejemplos de gobiernos de izquierda y de derecha recientes, eludiendo ejemplos que en uno y otro lado presentan matices, como puede ser el caso del anarquismo y el fascismo clásico, inclasificables derivaciones populistas o líderes con personalidades patológicas como Hitler o Pol Pot. Pues bien, ¿qué opinarían estos hombres que hace unas pocas décadas dirigían naciones autodefinidas como de derecha e izquierda, de la representatividad de quienes hoy, con diferentes estrategias, reclaman esos mismos marcos de reconocimiento?

Pasado y Presente

No tengo dudas que su primera manifestación será un compartido clamor que se expresaría aproximadamente así: *"Izquierda y derechas eran las de antes, las actuales, si pueden llamarse tales, son remedos, despojos de lo que en su día fueron ideales definidos y pujantes. La actual política, relativista y tolerante ha destruido la verdad. De continuar por este camino cualquier cosa estará permitida,*

*hipotecando el futuro de hombres y civilizaciones.*" Lenin increpará a sus sucesores por apoyar sociedades que a pretexto de la implementación de políticas sociales promueven la caridad estatal mientras hacen del salario, las clases y la explotación el eje de su organización. Sin concesiones, como aún hace Castro, les propondrá erradicar el capitalismo y liquidar la burguesía. A su turno, el Caudillo ibérico marcará el declinar de la religión, la familia y la tradición como sustento de la actual degeneración social, mientras admitirá la propiedad privada, rechazando la tendencia materialista, hedonista e individualista del capitalismo hodierno, contrario a la organicidad y espiritualidad de la nación. Ambos dirigentes coincidirán en la pérdida de capacidad de las sociedades posmodernas para contener tanto las desatadas veleidades humanas como el egoísmo de seres alienados incapaces de proyectarse en sus semejantes. De ahí su coincidencia en gobiernos fuertes -el caudillismo jerárquico o la dictadura del proletariado- diseñados para inducir la solidaridad, así como garantizar la continuidad de los procesos sociales hacia los objetivos escogidos.

Por último, los dos volverán a concordar en un reparo fundamental a las actuales sociedades, ya de derecha ya de izquierda: la admisión de la democracia y sus complejas garantías a los derechos ciudadanos. Con fuerza objetarán que no es posible construir sociedades dirigidas a finalidades predefinidas, como las que ellos propician, autorizando la libre manifestación de la voluntad ciudadana, porque esa voluntad, ajena a la tutoría estatal de libre sólo tiene la apariencia. En las complejas sociedades modernas, sometidas a las presiones e influencias de grandes fuerzas impersonales la línea política y moral, el rumbo a adoptar por las naciones la debe trazar el gobierno como fuerza centralizadora. Para el español el integrado por los mejores, tanto como resultado de la selección natural como por elección de la providencia; para Ilich, el constituido por miembros escogidos de la clase redentora, expertos en el rumbo de los procesos históricos. Nunca la meta puede ser producto de los azares e incertidumbres de los pronunciamientos ciudadanos. Mucho menos todavía si la democracia se perfecciona o profundiza. En ella la legitimidad de las decisiones políticas es immanente, proviene de los procedimientos para adoptarlas. Mientras para la derecha y la izquierda tradicionales la legitimidad es externa al proceso político, deriva de su congruencia con metas trascendentes: la tradición, la voluntad divina o la lógica de la historia. Por eso aquí, en esta inflexión que implicó adoptar la democracia como procedimiento, ambas ideologías polares aceptaron su desnaturalización. Derecha e izquierda puras, no son congruentes con la democracia. Les es connatural un efecto de rechazo respecto a ella, como si se tratara de cargas eléctricas del mismo signo destinadas a repelerse. Cuando la derecha, como consecuencia de sus grandes derrotas en la primera mitad del siglo anterior y la izquierda por similares razones al término del mismo, debieron aceptar su convivencia con los derechos ciudadanos y el juego institucional democrático abdicaron de los ejes sustentadores de su ideología. Perdieron los rasgos esenciales, que más allá de programas concretos, las definía como ideologías. Con ello vendieron su alma al centro, aunque mantuvieran su nombre -particularmente en la izquierda donde el apelativo conserva un timbre de orgullo que no cultiva la derecha- y una

soberbia moral que se resiste a desaparecer. Lo que seguramente no ocurrirá en plazos previsibles. Sólo que mientras la democracia se conserve lozana, la izquierda tradicional dejará de ser una fuerza política importante, con concretas posibilidades de modificar la realidad, para transformarse, en el mejor de los casos, en un principio regulativo, un recordatorio de aspiraciones nunca alcanzables, excepto como utopía orientadora. O versión más interesante, el avance socio político de una nación dejará de evaluarse en relación a su cercanía o distancia con el modelo clásico de la izquierda (o la derecha), tal como todavía se hace, para medirse con indicadores independientes como su índice de desarrollo humano, su bienestar y libertad o patrones similares. Lo que quizás, cualquiera sea el encuadre que los partidos se otorguen, sirva para disolver complejos existenciales y limitar las reiteradas acusaciones de traición al canon.

### Izquierdas y derechas a comienzos del siglo XXI

Desaparecido el mundo comunista y poco después el micro universo de los militares golpistas en América Latina, la izquierda y la derecha en su expresión más depurada, pasaron a ser experiencias desvaídas, en esencia irrepetibles. No es que hayan desaparecido totalmente, persisten remanentes como Cuba y Corea o débiles retoños de dictaduras de derecha en algunas zonas de Asia central y África. Pero nadie en su sano juicio piensa que representen el futuro. Algo notorio en los regímenes de derecha que niegan ese encuadre o lo califican como un recurso transitorio. Naturalmente no ocurre lo mismo con los gobiernos que se reclaman de izquierda y que en los últimos años, respondiendo a malas gestiones liberales, han accedido al poder en varios países latinoamericanos. Concretamente en Argentina, Brasil, Chile, Venezuela y Uruguay. Aunque en anteriores ocasiones lo hubieran obtenido y luego perdido, como ocurrió en Argentina, Perú o Bolivia. Si dejamos de lado el caso uruguayo, para el que falta tiempo y perspectiva, y nos atenemos más a los hechos que a la retórica, encontraremos políticas que en sus grandes líneas continúan con la de sus antecesores. Lo que no significa desconocer sus mayores preocupaciones sociales, en la senda socialdemócrata, ni una cierta independencia, más discursiva que concreta, respecto a los centros capitalistas. Fuera de Argentina, que paga al FMI pero defrauda a sus bonistas más inermes, todos cumplen regularmente sus obligaciones externas y acatan las cartas de intención que les dictan. Únicamente Venezuela, apoyada en su petróleo, se muestra agresiva con su vecino norteamericano, sin perjuicio de conservar la más estricta ortodoxia capitalista en su desempeño económico y eludir cuidadosamente, pese a sus continuas promesas, cualquier medida que haga presentir el socialismo. Exactamente lo mismo que hacen sus vecinos, todos clamando por préstamos e inversión externa privada y todos rompiendo sus acuerdos regionales de integración en aras de la más cerrada defensa de sus burguesías industriales. En síntesis, si se hace correcto uso

del idioma, se trata de gobiernos de centro izquierda (más lo primero que lo segundo), que aceptan los grandes principios de la democracia, aún cuando no la practiquen con la prolijidad que sería menester y desarrollan políticas de estricta observancia capitalista en el plano productivo, dulcificadas a nivel distributivo por estrategias sociales algo más abarcadoras. No es difícil entender por qué ocurre esto. Aún suponiendo que las condiciones externas lo habilitaran y que un modelo alternativo al capitalismo hubiera probado su éxito, ninguna revolución productiva profunda, que modifique relaciones sociales largamente internalizadas y cree una nueva cultura económica y un diferente orden jurídico, puede arraigarse en breve plazo, bajo condiciones democráticas. Los compromisos, transacciones y acuerdos que una transición de este tipo supone, más sus inevitables costos, no lo permiten. Menos aún los tiempos que este régimen concede. Algo que bien sabían los revolucionarios. La democracia supone gobiernos necesariamente transitorios, sujetos a una opinión pública mudable y a las presiones e influencias de los divergentes grupos de interés que componen la sociedad moderna. En este sentido, como demuestra la historia, ella es incompatible con la izquierda pura y dura o con la derecha de iguales características. La democracia es definitivamente centrista, lo que no significa que sea necesariamente justa. Superar la desigualdad, en gran medida responsabilidad del capitalismo, sigue siendo el desafío, sólo que el camino, mal que le pese a los nostálgicos, no es el de los extremos.